

El discreto encanto de la didáctica, o de cómo me metí yo en esto de la Formación Profesional y Ocupacional

Esteve Pont Barceló

Universitat Autònoma de Barcelona

Cuando accedí a los estudios universitarios, concretamente a la Sección de Ciencias de la Educación de la Facultad de Letras de la Universitat Autònoma de Barcelona para cursar la licenciatura en Filosofía y Letras, Sección Ciencias de la Educación, me vi sometido a un Plan de Estudios en el que lo pedagógico aparecía más como complemento que como sustancia; reconozco que en aquel momento, eso no me preocupó mucho pues, antes de matricularme dudé seriamente entre estudios de Filosofía, Historia o Filología.

Los martes y jueves, a primera hora de la mañana, mi horario contemplaba la asignatura Didáctica General; la guía del estudiante informaba que el profesor asignado era Adalberto Ferrández Arenaz, a la sazón, si no me falla la memoria, en trámite de obtener el grado de doctor. Reconozco que esto de Didáctica me inquietaba pues me sonaba a «moralina» de escuela religiosa¹, también es cierto que asociaba lo didáctico a Esopo, La Fontaine y ciertas partes del refranero².

Apareció el profesor Ferrández y nos habló de la enseñanza-aprendizaje³, de instrucción y formación con la finalidad última de educar y con la vocación de *intervenir*. En unos tiempos en los que intervenir, actuar, era un imperativo ético y la única posibilidad de respirar, la propuesta de Adalberto era seductora y atractiva; la *educación* como fin a la vez que instrumento de movilización y transformación de la sociedad.

Adalberto nos introdujo en la Didáctica con un discurso que buscaba nuestra complicidad, no la sumisión. Era renuente al abuso de la cita erudita si bien la introducía cuando era aclaratoria o reforzaba su discurso. Nos ofrecía siempre lo que cada vez apreciaba más en el profesor universitario, es decir, la personal digestión del conocimiento y la práctica de una disciplina. Las clases del profesor Ferrández estaban siempre repletas de sus experiencias y vivencias lo cual les confería el indudable atractivo de hacernos sentir que nos estába-

1. Me habían enseñado años atrás que *Los hechos de los Apóstoles*, de San Pablo, era un escrito didáctico.
2. Ya se sabe: «La zorra y las uvas», «La cigarra y la hormiga», «Quien mal anda, mal acaba»...
3. Importantísimo el guión, como él decía, pues de un maridaje se trata.

mos manejando con material de primerísima mano. La Didáctica iba así brotando pausadamente e imbricándose con la realidad del momento.

Adalberto nos hizo rápidamente percibir la Educación como desafío permanente, en todo lugar, a cualquier edad y sin discriminaciones de ningún tipo; insistía en la Educación Infantil germinal —no sólo propedéutica— y se detenía en la Educación de Adultos, a mi modo de ver una de sus grandes pasiones. Ante los cambios que se avecinaban, nuestro maestro auguraba, no sin razón, como luego pudo comprobarse, que en la formación para el trabajo y el empleo nos jugábamos buena parte del futuro de nuestra aún no nacida democracia.

Fue así como la Didáctica surgió ante nosotros y en nosotros con una dimensión *social y emancipadora*. Como un saber que desafía al intelecto pero que no le da la espalda ni renuncia a lo político. A partir de ahí, las tesis por él dirigidas, los grupos de investigación que él promovió, la huella que ha dejado en quienes con él estudiamos, en las instituciones y países que frecuentó son la corroboración de su figura como educador consecuente.

De su trayectoria no puede escribirse un epílogo pues su contribución sigue en curso. Su aportación a la conceptualización y desarrollo de la Formación Profesional y Ocupacional es una de las grandes aportaciones del doctor Ferrández a la Pedagogía Española y por ende Latinoamericana. Sin menospreciar en absoluto la Educación Primaria, nivel educativo en el que el doctor Ferrández laboró en diferentes ámbitos, como profesor y director escolar, Adalberto clamaba ya, en mis años de universitario, por la necesidad de una adecuación de los estudios profesionales reglados a las nuevas necesidades sociales y laborales derivadas de las transformaciones de los procesos productivos. Así mismo, insistía que esta puesta al día reclamaba del concurso de la Pedagogía, pues no se trataba solamente de una cuestión de contenidos, sino también de modelo didáctico.

Acogió con entusiasmo las iniciativas de Formación Ocupacional como paliativo a una Formación Profesional caduca e inadecuada a las necesidades socioeconómicas del país, pero jamás abandonó su discurso sobre la necesidad de una formación profesional de base para el empleo. Ver al respecto Ferrández (1990), Ferrández (1996). Le atraía de la Formación Ocupacional su ductilidad, la flexibilidad derivada de su modalidad no formal, su capacidad de adaptarse inmediatamente a las necesidades del momento así como la voluntad surgida desde su nacimiento de basar su acción didáctica en la participación y la alianza entre el docente y el discente. Esta preocupación le llevó a interesarse por la figura del formador (Ferrández, 2000). Su magisterio produjo frutos y nos introdujo a muchos en un campo necesitado de reflexión pedagógica. Adalberto escribió a propósito del trabajo⁴: «Aquí hay uno de los temas más humanos, más antiguos que alguien escribió con rotundez en el Libro: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” ¡¡qué poético!! Algunos lo han cambiado por

4. Fragmento de una dedicatoria autógrafa escrita en uno de sus últimos trabajos.

el frío deshumanismo: "Ganarás —dicen— el pan con el sudor del de enfrente (neoliberalismo)" ¡¡Qué triste y que vergüenza!! Pero aún estamos algunos para evitar esta tristeza humana».

No cabe duda que en tiempos de cambio y de reformulación de los sistemas de formación profesional, se hizo un imperativo ético abordar estas reformas desde un planteamiento sólido de finalidades, desde una posición ideológica al pensamiento hegemónico y, después desde una perspectiva crítica frente a lo que se viene llamando «mundialización».

Poder incidir sobre estas cuestiones desde planteamientos pedagógicos es lo que nos mostró Ferrández desde aquellas aulas de su querida Facultad de Letras de la Autónoma de Barcelona. Son retos todavía pendientes; queda un largo trecho por recorrer en el ámbito de las prácticas de enseñanza en Formación Profesional. Es vano y pueril pensar que todo el problema radica en disponer de los últimos avances técnicos para la producción o para la prestación de servicios para poder ofrecer una enseñanza profesional de calidad, y si bien ello es deseable, aún lo es más que el profesorado crea que puede ofrecer una alternativa de enseñanza-aprendizaje distinta a la que ellos frecuentaron. Por otra parte, ante la realidad de una Unión Europea que ampara la libre circulación de ciudadanos y profesionales, potenciar y mejorar la Formación Profesional deviene una cuestión clave y un deber con respecto a nuestros conciudadanos. En una perspectiva más regional o local no podemos ignorar el factor de cohesión y convivencia que puede aportar la Formación Profesional y Ocupacional con respecto a los colectivos de inmigrantes que, por muchas leyes que se promulguen, son y seguirán siendo una realidad próxima, cotidiana y necesaria para la economía europea, pero también para la cultura europea. La formación Ocupacional, por otra parte, ha ido evolucionando al son de los tiempos y perdiendo en algunos casos aquel carácter prístino de instrumento de la política de empleo en su lucha contra la desocupación para convertirse en herramienta de Formación Continua o en «modus vivendi» de unos cuantos (Pont, 1991), lo cual en sí mismo no me parece ningún problema, siempre y cuando no se haga dejación de la responsabilidad de la Administración respecto a los colectivos más castigados por las crisis o más vulnerables respecto a la ocupación.

El doctor Ferrández nos introdujo a este complejo y fascinante mundo, no sólo con sus clases sino también con su obra —léase aquí, tanto su producción escrita como vivida— compartiendo en proximidad problemas, lecturas y experiencias, haciendo diariamente del humanismo una actitud de partida, a la vez que una guía y punto de destino. En un trabajo de estas características podría abrumar al lector con un compendio de citas de Adalberto ilustrativas de lo que he expuesto; mi propósito, sin embargo, es otro: mostrar su capacidad de seducción intelectual que, en mi caso, me ha conducido a laborar en este campo y a tratar de profundizar en sus enseñanzas y avanzar en el que considero un ámbito fundamental para el logro y la consolidación de una convivencia democrática mediante el desarrollo social y personal. Sólo dos palabras más para glosar la dedicación, amor y contribución del doctor Ferrández

a la Pedagogía Latinoamericana. Los amigos que allí dejó, los estudiantes que nos han visitado para seguir sus enseñanzas y elaborar sus tesis junto a él corroboran esta afirmación. A lo largo de nuestras vidas, que forzosamente son vidas de estudiantes, tenemos muchos profesores pero pocos Maestros. Aquellos que estudiamos y trabajamos con Ferrández tuvimos la suerte de tener un gran Maestro.

Referencias

- FERRÁNDEZ, A. (1990). «La formación de base como base de la Formación Profesional». *Herramientas*, 6-7. Madrid: Fondo Formación.
- (1996). «El formador, competencias profesionales para la innovación». En: GAIRÍN, J.; FERRÁNDEZ, A.; TEJADA, J.; NAVÍO, A. (coord.) (1996). *Formación para el empleo*. Barcelona: CIFO.
- FERRÁNDEZ, A.; TEJADA, J.; JURADO, P.; NAVÍO, A.; RUIZ, C. (2000). *El formador de formación profesional y ocupacional*. Barcelona: CIFO-Octaedro.
- PONT, E. (1991). «El diseño curricular en formación ocupacional». En: CIFO: *La formació ocupacional a la dècada dels 90*. Bellaterra: Departament de Pedagogia Aplicada. Universitat Autònoma de Barcelona.